

AL PROSTOLANTE DE LA PRENSA

Propaganda gratuita de
buenas lecturas para
el pueblo.



SI ES VERDAD

QUE

EXISTE DIOS

III

MARZO — 1892



Guillermo

T101

5
892

24

Guillermo Herrero y Compañía, Libreros-Editores. — Méjico.

BT101

S 5

1892

000324



1080014820



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

III

(SEGUNDA EDICIÓN)

SI ES VERDAD

QUE EXISTE DIOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

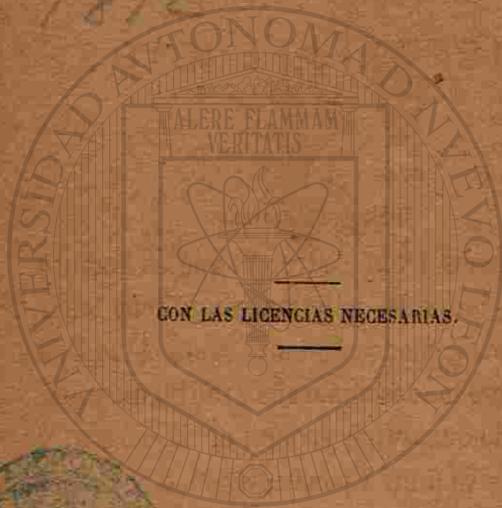
MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Flor Baja, 22.—Teléfono 3181.

1892

41514

BT 101
55
1892



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



SI ES VERDAD
QUE EXISTE DIOS

I

Diálogo de portada.

VAMOS á ver, Padre: V. que es hombre que sabe de letras, y que debe tener los sesos gastados de tanto como estudia, á ver cómo me desenmaraña V. un lío muy embrollado que traigo yo aquí en la cabeza, y que me va á mí á poner *chiflao*, ó poco menos, á fuerza de darle vueltas y más vueltas. Crea V. que á veces me vuelvo tarumba.

—Como no me digas más que eso, de seguro que te quedas como estabas. ¿En qué consiste tu lío, envoltorio, tarumba ó como se llame?

—Vamos con tiento, Padre, que no soy saco de trigo para vaciarme de una vez. Mire V.: oye uno por ahí cada cosa acerca de lo que con mi pobre caletre comprendo

004324

que son asuntos importantísimos, que, ¡vamos!, yo pierdo la sesera y no sé á qué atenerme. Porque vienen unos, y me dicen de palabra y por escrito: ¿Qué Dios, ni Dios? Dios no existe. Esa no es más que una palabra hueca inventada por los curas y los frailes.... que es una gentecita que ¡ya, ya!.... Fíate de ellos, y te dejan sin camisa á fuerza de hablarle de Dios.... ¿Para qué te hace falta Dios?

—En efecto: para ser un bribón, no sólo no hace falta Dios, sino que sobra, y muchísimo que sobra, y ahí duele, Pablo, ahí duele....

—Vamos despacio. Vienen otros y me dicen: «¿Quién ha visto á Dios? ¿Has visto tú acaso á Dios? Pues si existiera Dios, ese Dios de quien nos dicen los curas que es un Dios tan bueno, un Padre tan cariñoso, ¿andaría el mundo como anda, que no parece la justicia por parte alguna, los pillos siempre triunfantes y los hombres de bien hechos unos miserables, la virtud perseguida, el crimen ensalzado?...»

—Etcétera, etcétera. Y, ¿qué más te dicen?, pues hasta ahora no te han dicho

nada que no sea más viejo que andar á galas....

—Pues nada; que no señor, que no le hay y que no le hay; que lo dicen ellos, y punto redondo. Que para esta faena de hacer el mundo maldita la falta que hacía Dios. Que un poco de casualidad por acá, y otro poco de naturaleza por allá, y qué sé yo de fuerzas ocultas y de átomos de no sé qué que andaban por los aires.... y se encontraron; total, que todo eso de Dios es un fanatismo popular, una preocupación de viejas y de chiquillos, una antigualla en que ya no creen más que los tontos....

—Pues una de dos: ó todos los hombres de todos los siglos y de todos los países son tontos de capirote, y no hay más sabios en el mundo que una docena de perdularios que gritan ¡abajo Dios! como gritan los ladrones ¡abajo la justicia!, ó los únicos tontos, y más que tontos criminales y perdidos, son los que se empeñan en negar á Dios. ¿Sabes para qué? Pues para pasar la vida alegre, sacudirse la mosca del remordimiento y gritar borrachos de impiedad y de vino: ¡Ancha Castilla, que Dios no exis-

te! Viva la Pepa, ya que más allá de esta vida no hay más que el cementerio....

—Pero es que ve uno cosas que le dejan *estupeflauto*. Una noche acudí á un club para oír perorar al ciudadano *Tragaldabas*, que por aquellos días habíase puesto al frente de las huestes revolucionarias, y era el hombre grande del libre pensamiento. Dos horas largas nos estuvo predicando para convencernos de que no había Dios. No hay Dios por arriba, y no hay Dios por abajo.... y lo aseguraba él.... La verdad es que nos decía tales cosas que le hacían á uno vacilar, dudar y qué sé yo.... Pero lo más notable fué esto.

Cuando con su palabra de fuego y sus manoteos de energúmeno nos tenía á todos con un palmo de boca abierta, se encaró con el cielo, y, sacando el reloj del bolsillo, exclamó echando rayos y centellas: «No existes. Y si existes, te doy cinco minutos de plazo para que me aplastes.» Cruzóse de brazos con la frialdad de una estatua, y cuando transcurrieron los cinco minutos se volvió á nosotros y nos dijo con tono igual al que usan los cómicos en el teatro en ciertas

ocasiones solemnes: «Señores, ya lo veis, no me ha aplastado: luego ese Dios no existe.» Pues crea V. que desde aquella noche traigo yo aquí dentro una batalla.... un reconcomio.... Porque es lo que yo me digo: Si yo hubiera sido Dios.... lo aplasto y lo espachurro, y lo hago tortilla de huevos.

—Si tú hubieras sido Dios, hubieras hecho lo que hizo Dios: tener compasión del vil gusano que desafiaba la omnipotencia.... tener lástima, y nada más.... La paciencia de Dios sólo probó que Él es muy bueno, y aquel pobre ateo.... muy ingrato y muy atrevido y muy tonto.... ¡Valiente razón! Si un hijo tuyo te dice: Padre, si en cinco minutos no me rompe V. el alma niego que sea V. mi padre, ¿qué le dirías tú?

—Pues nada, lo encerraría como loco y nada más...., y lloraría su locura.

—Pero, vamos, que el asunto es muy serio para no tratarlo en esta conferencia con todo el orden que el caso requiere. Os han puesto la cabeza los oradores de taberna y los papeles de club como olla de grillos, y ya dudáis de la luz del sol y pronto vais á dudar de que dos y dos sean cuatro. ¡Dudar

de Dios! ¡Negar que existe Dios! Es lo que faltaba oír....

—Pues bien, Padre, agradecería en el alma me explicase V. eso clara y largamente. Nunca he oído las pruebas categóricas de la existencia de Dios, y quiero ver por mí si son majaderías de frailes ó razones evidentes que pueda yo oponer á los que me vienen con la embajada de que eso de Dios es cosa que ya pasó.... y que ya no hay ni Dios, ni Rey, ni Roque....

II

Si el mundo nació por « chiripa », ó si su existencia prueba la de Dios.

PROCURA interrumpirme lo menos posible y estar con atención, que el asunto tiene su intringulis.

—Figúrese V. que soy una estatua.

—¿Por lo sordo?

—No; por lo atento.

—Tú has oído decir: «Eso de que el mundo, el orden maravilloso de la creación, el cambio de estaciones, el giro acompasado de los cielos, la noche y el día, la aurora y el crepúsculo, en una palabra, eso

de que los cuadros incomparables que á cada instante nos dibujan los cielos y la tierra necesitan un Ordenador supremo, un Artista divino, en una palabra, un Dios creador... eso es cosa de frailes y curas.» Ya



¿Qué Dios, ni Dios? Dios no existe.

hemos convenido en que para explicar todo lo que vemos no hace falta más que, como tú decías refiriéndote á tus oradores y papeles, un poco de casualidad por aquí, otro poco de necesidad por allá, los elementos, ó sean los átomos, que se encontraron un

día.... y cataplán, cádate aquí el mundo hecho y derecho.... ¿No es eso?

—Eso es, y en todo caso, lo que decía el orador aquel de marras. «Sea, señores (y estábamos casi en cueros), sea cual sea el sistema que escojamos de filosofía moderna, una cosa hay clara: que el mundo se explica sin Dios. ¿Para qué nos hace falta?»

—Pues para poca cosa. Te voy á poner un ejemplo para que veas lo disparatado que era el tal orador y los que como él *barbarizan*.—¿Tú eres cantero y estás de huelga hace días?

—Sí, señor; para *reindicar* nuestros derechos.

—Pues, mira, ¿sabes una cosa Podías pasarte mañana por casa de tu capataz á pedirle el salario de estos días.

—¿Eh?... ¡Buena idea!

—¡Pues claro! Ya verás tú, si pasas por el lugar del trabajo, cómo la casa se ha construido ella á sí sola.

—Caramba, ¡dijo V. que iba á hablar serio, y creo que se está V. burlando!

—¡Qué burlas, ni qué chanfainas! Estoy seguro que el último día de trabajo habían

acarreado piedras y las habiais dejado en un montón para tenerlas más á mano al siguiente. Pues bien; las piedras al verse allí, y adivinando lo que se quería hacer de ellas, se habrán dicho: «¡Tate! Aquí nos traen para la construcción de esta casa. Conque, compañeras, vamos á labrarnos nosotras mismas, para lo que comenzaremos á bailar un tango chocando unas contra otras, de modo que de los choques resulten las molduras y adornos que el arquitecto deseaba que formáramos; luego, pian pianito, unas detrás de otras, iremos subiendo hasta allá arriba, y nos colocaremos en nuestros puestos. ¡Conque andando!

—¡Pero, hombre, no sea V. guasón!

—¡Qué! ¿Te extraña lo que voy diciendo?

—Pues claro, porque eso es imposible de todo punto. Ni las piedras hablan, ni tienen conocimiento, ni ése es el camino.

—No ¿eh? ¿Conque tú crees que una miserable casa no puede construirse por tan extraño procedimiento? ¿Conque tú crees que las piedras no pueden adivinar el pensamiento del arquitecto, y no tienen facul-

tad para moverse del sitio en que el hombre las ha colocado? ¿Conque tú estás convencido de que todo lo que digo no son más que tonterías y disparates, si no locuras estupendas? Pues bien; saca la consecuencia: si este arte, para hacer una construcción cualquiera, no tiene pies ni cabeza; si una miserable casa no puede hacerse ella sola, ¿cómo quieres tú que hayan sido hechas por la nada la infinita multitud de maravillas que contemplas en el mundo?

Nada, amigo mío; para llegar hasta aquí no hace falta estudiar: basta tener sentido común. Un palacio supone un arquitecto, un cuadro un pintor, una estatua un escultor. Pero, nada; vienen ahora unos locos que andan sueltos y se llaman ateos, y nos dicen: «Son Vds. unos neos y unos badulaques. Es verdad que en la creación hay cuadros divinos, y edificios admirables, y esculturas de belleza incomparable; pero, lo sabemos nosotros de buena tinta, esos cuadros se han pintado ellos solos; esos edificios se han construido por sí mismos; esas esculturas han salido ahí por arte.... de birlibirloque.» ¿Qué dirías tú á quien así discurriera?

—Decirles, nada; porque en esto de peroratas soy un poco torpe y se me aturulla la lengua siempre que quiero romper á echar una cosa de esas que en mi club llamamos discurso por mote; pero lo que es tirarle un tomatazo si lo tenía á mano, ó darle una silba.... Pero, Padre, lo que yo no entiendo es que, al decirnos que para explicar la creación del mundo hace falta Dios, quieran decir precisamente lo que V. indicaba.

—Pues, Pablo, si no quieren decir eso, no quieren decir nada. Porque, vamos á ver: si Dios no ha hecho estas obras maravillosas, ¿quién las ha hecho? ¿Ellas mismas? ¿La casualidad? ¿La necesidad? ¿Esa especie de duende que sólo sirve para tapar nuestra ignorancia, y que llamamos naturaleza? Pero todo eso merece punto aparte y otro capítulo. Mas antes oye de boca de una niña otra prueba de la existencia de Dios.

—¿Qué es eso? ¿Hasta las niñas van á venir hoy á confundir á los ateos? ¿A esos *sabijondos* que dicen que á ellos nadie les tose, y que todos los que crean en Dios no saben donde tienen la punta de la nariz?

—Sí; una niña, y es muy natural. Para creer en Dios, lo que importa es ser inocente, bueno y honrado, como para dejar de creer en él y hacerse ateo el medio es muy fácil. Olvidar los mandamientos de Dios, vida alegre, retozar como un potro sin domar, y cáatate ateo... al muy poco tiempo.

III

Si el huevo es antes que la gallina ó la gallina antes que el huevo, ú otra prueba de la existencia de Dios.

Es tan cómodo, es tan ancho, es tan *comfortable* el negar abiertamente á Dios, sin dársele á uno un ardite por nada de lo que mande ó prohíba ese Rey invisible que no tiene acá ni policía, ni ejército, ni verdugo, que, francamente, el género humano sería muy tonto si no sacudiera de encima de sí semejante pejiquera. No hay para ello más que una dificultad, y es que, aunque quiera sacudirse la mosca..., francamente, no puede.

Penoso es que pese siempre sobre el hombre esa idea de un Dios, que es un Fiscal de sus acciones, un Juez tremendo en

perspectiva, un Rey absoluto, un Legislador severo; pero á pesar del mundo y de algunos caballeritos particulares, que por su propio interés, y para darse mejor vida aquí sin miedo á lo de allí..., se han propuesto librar á los hombres de fantasma tan empalagoso... Dios, su idea y su existencia se ven, se palpan de tal modo, que la voz de nuestra alma protesta á pesar nuestro en contra de cuantos nos vengán ahora con la noticia fresca de que cada cual puede hacer lo que le dé la gana, que ellos han descubierto que no hay Dios, y que todos los sabios de todos los siglos han estado tocando el violón.... nada más que porque á ellos no les conviene que Dios exista.

La idea de Dios se impone de tal modo, su grito imperioso se levanta tan firme en el fondo de nuestro corazón, que ahogarlo un momento se puede, pero hacer que un momento después no vuelva á hacerse oír más recio que antes, ¡imposible! ¡imposible! Así, cuando el mundo entero, á pesar de sus extravíos y abominaciones, á pesar de su corrupción é iniquidades, á pesar de lo que le duele y de lo que le mortifica, se resigna

todavía á creer en Dios y á no irse en masa tras unas cuantas docenitas de *sabios* que se empeñan en librarle de esas trabas enojosas, créeme, amigo mío, créeme, es que el mundo, es decir, el alma humana, el sentimiento universal del humano linaje, en el cielo, en la tierra, en sí mismo, en todas partes.... ve á Dios, siente la presencia de Dios, y no puede, aunque quiera, renegar de Dios.

Uno de estos personajes que, á fuerza de no aplicarse á nada y de andar estudiando siempre en tabernas y garitos, salen pronto doctores en impiedad, érase un joven que vino no hace muchos años á Madrid á seguir una carrera. ¡Bonita carrera la que siguió! Su libro de texto, el de las *cuarenta hojas*; *juergas*, *francachelas*, *motines*, *libertad de enseñanza*, *enseñanza libre*, y todo lo que V. quiera de libertad, incluso la de arruinar á su familia, engañarla mandándole notas falsas en vez de calabazas verdaderas, y total de carrera la de San Jerónimo, y peor aún, la carrera del crimen.

Sus vicios, de acuerdo con las impías máximas de sus compañeros, le hicieron olvidar las lecciones de su piadosa madre y

despreciar la Religión; de manera que llegó por fin á pensar y decir como aquel insensato de que nos habla el Profeta: *No hay Dios; Dios no es más que una palabra*. Diréte de paso que la impiedad empieza siempre así: es una planta que sólo echa raíces en el lodo. Después de haber permanecido algunos años en la capital, nuestro joven volvió al seno de su familia. Cierta día fué convidado á una casa respetable donde había una numerosa concurrencia.

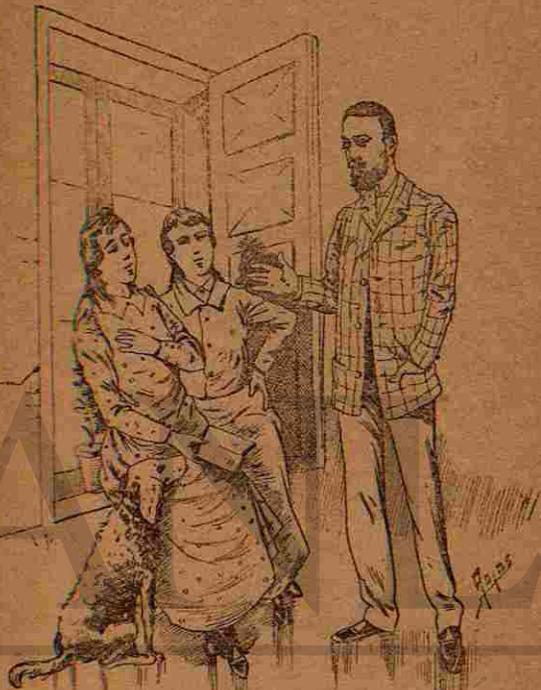
Mientras que todos hablaban de noticias, diversiones ó negocios, dos niñas de doce á trece años leían juntas, sentadas en el alféizar de una ventana. El joven se acercó á ellas y les dijo: Señoritas, ¿qué novela es esa que estáis leyendo con tanta atención? —Caballero, no leemos ninguna novela. —¿No? Pues entonces, ¿qué libro leéis? —La historia del *pueblo de Dios*. —¡La historia del pueblo de Dios! ¿Acaso creéis vosotras que existe Dios?

Las jóvenes, sorprendidas de semejante pregunta, se miraron una á otra, cubriéndoseles de rubor el semblante. —Y vos, ¿qué, no lo creéis, caballero? —le dijo con

viveza la mayor de las dos.—En otro tiempo lo creía ; pero desde que he estado en Madrid y he aprendido la Filosofía, las Matemáticas y las ciencias políticas, me he convencido de que Dios no es más que una palabra sin sentido.—Pues yo, caballero, no he estado nunca en Madrid, ni he estudiado Filosofía, ni Matemáticas, ni ninguna de esas importantes cosas que vos sabéis; no sé más que el Catecismo; pero ya que sois tan instruido y decís que no hay Dios, ¿me sabriais decir de dónde procede el huevo?

La joven pronunció estas palabras con voz bastante alta, de manera que muchos de los circunstantes las oyeron. Acercáronse algunos para saber de qué se trataba ; luego les siguieron otros, y, por último, toda la concurrencia se reunió enfrente de la ventana para oír la conversación.—Sí, caballero, repuso la joven ; ya que decís que no hay Dios, tened la bondad de decirme de dónde procede el huevo.—¡Vaya qué pregunta! El huevo procede de la gallina.—¿Y de dónde procede la gallina?—Vos lo sabéis tan bien como yo, señorita ; la gallina procede del huevo.—Muy bien ; ¿y qué

existió primero, el huevo ó la gallina?—Á la verdad, no sé adónde queréis ir á parar



¡Caballero! Ya que decís que no hay Dios, ¿de dónde procede el huevo?

con las gallinas y los huevos ; pero, en fin, la que existió primero fué la gallina.—Luego hubo una gallina que no procedió de un huevo.—¡Ah! Es verdad, señorita; me equivocaba : el que primero existió fué el hue-

vo.—Luego hubo un huevo que no procedió de una gallina. Responded, caballero.—¡Oh! No.... perdonad.... es que.... porque.... ya veis....—Lo que veo, caballero, es que ignoráis si el huevo existió antes de la gallina, ó ésta antes que el huevo.—Pues bien : digo que existió antes la gallina.—En hora buena ; luego tenemos una gallina que no procedió del huevo. Decidme ahora : ¿quién crió esta primera gallina, de la que han procedido todas las otras y todos los huevos? —Páreceme que con vuestras preguntas de huevos y gallinas me tomáis por una criada de gallinero.—Perdonad, caballero ; únicamente os suplico que me digáis de dónde procedió la madre de todas las gallinas y de todos los huevos.—Pero, en fin....—Puesto que no lo sabéis, me permitiréis que os lo enseñe. El que crió la primera gallina es el mismo que crió el mundo y cuanto existe, y á este Ser le llamamos Dios. ¡Cómo, caballero! ¿no podéis sin Dios explicar la existencia de un huevo ó de una gallina, y pretenderéis explicar sin Dios la existencia del universo?

El joven impío no pasó adelante; tomó furtivamente su sombrero, y se fué aver-

gonzado como alma que lleva el diablo.

A este rasgo te puedo añadir otro. Hace muy poco tiempo uno de nuestros pretendidos ateos viajaba en una diligencia, y durante el camino, que había sido largo, no había cesado de aturdir á los viajeros con su impía charla. Al llegar á una parada miró por la portezuela, y vió unas niñas que salían de la escuela dirigida por las buenas Hermanas de la Caridad. Dirigióse á la primera de la fila, y le dijo con aire burlón : «Oye, niña ; tres cuartos te doy si sabes decirme quién es Dios.» La niña comprendió que quería burlarse de ella : salió de la fila, se acercó al carruaje y le dijo : *Dios es un espíritu puro, caballero, y vos sois un purísimo animal.* Hizo luego la niña un gran saludo, y volvió sonriéndose á unirse con sus compañeras. Ya se adivina lo demás....

IV

Cómo ni la casualidad, ni la necesidad, ni la Naturaleza, ni otras «zarandajas» de los impíos, explican el mundo «sin Dios».

No sé si te cansaré, querido Pablo, con tanto machacar y machacar. Pero la cosa creo que lo merece. Porque ya se

vo.—Luego hubo un huevo que no procedió de una gallina. Responded, caballero.—¡Oh! No.... perdonad.... es que.... porque.... ya veis....—Lo que veo, caballero, es que ignoráis si el huevo existió antes de la gallina, ó ésta antes que el huevo.—Pues bien : digo que existió antes la gallina.—En hora buena ; luego tenemos una gallina que no procedió del huevo. Decidme ahora : ¿quién crió esta primera gallina, de la que han procedido todas las otras y todos los huevos? —Páreceme que con vuestras preguntas de huevos y gallinas me tomáis por una criada de gallinero.—Perdonad, caballero ; únicamente os suplico que me digáis de dónde procedió la madre de todas las gallinas y de todos los huevos.—Pero, en fin....—Puesto que no lo sabéis, me permitiréis que os lo enseñe. El que crió la primera gallina es el mismo que crió el mundo y cuanto existe, y á este Ser le llamamos Dios. ¡Cómo, caballero! ¿no podéis sin Dios explicar la existencia de un huevo ó de una gallina, y pretenderéis explicar sin Dios la existencia del universo?

El joven impío no pasó adelante; tomó furtivamente su sombrero, y se fué aver-

gonzado como alma que lleva el diablo.

A este rasgo te puedo añadir otro. Hace muy poco tiempo uno de nuestros pretendidos ateos viajaba en una diligencia, y durante el camino, que había sido largo, no había cesado de aturdir á los viajeros con su impía charla. Al llegar á una parada miró por la portezuela, y vió unas niñas que salían de la escuela dirigida por las buenas Hermanas de la Caridad. Dirigióse á la primera de la fila, y le dijo con aire burlón : «Oye, niña ; tres cuartos te doy si sabes decirme quién es Dios.» La niña comprendió que quería burlarse de ella : salió de la fila, se acercó al carruaje y le dijo : *Dios es un espíritu puro, caballero, y vos sois un purísimo animal.* Hizo luego la niña un gran saludo, y volvió sonriéndose á unirse con sus compañeras. Ya se adivina lo demás....

IV

Cómo ni la casualidad, ni la necesidad, ni la Naturaleza, ni otras «zarandajas» de los impíos, explican el mundo «sin Dios».

No sé si te cansaré, querido Pablo, con tanto machacar y machacar. Pero la cosa creo que lo merece. Porque ya se

te alcanza, sin que hayas calentado ni poco ni mucho los bancos de las universidades, que dejar esto en el aire y no respuntarlo bien es edificar sin cimientos.

—Machaque V., Padre, machaque, que todo es poco. Todo será que le pongamos á usted por mote el *Padre Machaca*. Y oye uno por ahí cada cosa..., que, vamos, serán parruchas y todo lo que V. quiera, pero el hecho es que lo dejan á uno *patidifuso* y sin saber qué contestar.

—Pues por eso, porque todo es poco, y aceptando el mote de *Padre Machaca*; úni- voy á probar más despacio la existencia de ese Ser Soberano, principio y fin de todo, causa necesaria y única de cuanto existe, sin la cual nada se explica, con el cual se explica todo, como tú no te explicas sin un padre que te diera el ser. Y de paso verás, si tienes un poco de entendimiento nada más, la insensatez y locura de los que están dispuestos á admitirlo todo, aun las patochadas más monumentales, con tal de no admitir á Dios.

Y primeramente te pruebo la existencia de un Ser Soberano por la creación. Hay

bárbaros (perdóneme su ausencia que no los calumnio) que dicen que todo lo que vemos se explica por la *casualidad*, como te indiqué al principio de esta conferencia. ¿Qué entenderán esos señores por casualidad?

—En efecto: así lo dicen. Figúrese V. que oí una vez un cierto orador que decía: «¿Qué Dios, ni qué ocho cuartos? El mundo se ha hecho á sí mismo. Para crear el mundo no hace falta más que el que los ingredientes, elementos ó qué sé yo, como él se explicoteaba, se encontrasen y se combinasen.» Yo pensé, y lo decía para mi coleteo, que para todo eso era preciso que antes existiesen, y ¡cómo habían de existir tales elementos, ó llamémoslos materiales, si nadie los creaba! Pero, ¡nada!; el que todo era hijo de un señor que él llamaba *acaso*, y que la *casualidad* por arriba y la *casualidad* por abajo, y la materia (supongo que quería decir materiales) y los átomos, y qué sé yo qué galimatías armaba, de lo que resultaba que este mundo tenía más casualidades que la capa del estudiante. Todito era una pura casualidad.

—Déjate, Pablo, de casualidades, y escucha lo único que hay de serio y de racional en esta cuestión.

Porque es evidente, amigo mío, y esto lo entiende el obrero como el filósofo, que la creación supone un creador, como la máquina supone un maquinista; y si la máquina es de infinita, ó á lo menos de grandísima perfección, supone un perfectísimo y sapientísimo maquinista. Pues bien: vienen los primeros, los de la *capa del estudiante*, y te dicen: «Hay sol, y luna, y estrellas, y flores, y todo lo que tú ves y admiras; pues créeme bajo mi palabra de ateo que todo ello es así porque las partes y piezas de toda esa maquinaria se juntaron un día y.... echaron á andar.... *por casualidad*»

—¿Pero esos hombres comen paja eñabada, ó....?

—¡Ca, hombre! Muchos tontos los llaman sabios; pero al caso. ¿Qué diríamos de un hombre que mostrándonos desde la cima de una montaña un magnífico país, poblado de hermosas ciudades y aldeas, con magníficos palacios y jardines, alamedas, fuentes y canales, luego nos dijese con có-

mica seriedad: «Pues bien: hace cincuenta años que no se veían aquí sino piedras y arena; todo lo que ves ha nacido por sí mismo; estas ciudades y castillos, estos palacios y caminos, se han fabricado ellos solitos; por sí mismos han tomado esos canales sus varias y alineadas direcciones; en todo esto no ha puesto la mano el hombre?»

Al que tal dijese, ¿pudiéramos acaso no tenerle por loco?

Por consiguiente, mucha razón tenía aquel filósofo que, acusado de ser ateo, cogió una hierba y dijo: «Si yo dudase de la existencia de Dios, esta hierba me la persuadiría.»

—¿Y todo esto no se podría explicar de este modo? A ver si me explico yo. Por ejemplo: yo soy hijo de mi padre, mi padre de mi abuelo, mi abuelo de mi bisabuelo, y así una lista de abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, que llegase de aquí á Finisterre y no se acabase jamás. Porque es lo que yo me digo: si siempre ha habido *abuelos*, ó sea hombres, no ha hecho falta que críe nadie á nuestro primer abuelo.

—Tú has oído campanas y no sabes dónde. La lista ésa ó genealogía de tus abuelos,

alguna vez se acabaría. ¿Has visto tú alguna lista sin que alguien sea el primero en ella? Además, ni tú, ni tu padre, ni tu abuelo, como ni yo, ni ningún hombre, ni cosa en el mundo, es de absoluta necesidad; maldita la falta que hacemos, esto es, que podemos existir ó no, y lo mismo se puede raciocinar de todo; luego si nada es necesario y puede ser ó no ser, hace falta *algo* que nos haga ser. ¿Entiendes esto bien?

—Sí que lo entiendo; aunque, como tengo la cabeza turbia, veo pocas cosas claras.

—Pues oye otra razón, y no me interrumpas:

En segundo lugar, Dios se ha dado á conocer al hombre por medio del gobierno del mundo. ¿Quién podría contener la risa si alguno dijese que una nave vacía zarpaba todos los años, por ejemplo, de Cádiz, y sin capitán ni piloto daba vuelta al mundo sin dejar jamás de volver á un tiempo fijo al puerto de donde salió? Ciertamente, quien tal dijera recibiría una silba como para él.

¿Y qué otra cosa dicen los que tienen la osadía de asegurar que no hay ser alguno inteligente que dirija al Sol, el cual

desde hace miles de años da vueltas alrededor de la Tierra, ó más exactamente, la Tierra alrededor del Sol, como la Luna alrededor de la Tierra, y todo esto sin desviarse un punto de su carrera, que es demás de cien millones de leguas, añadiendo además que todos esos tan regulados y constantes movimientos son por completo casuales?

Suponte, Pablo, que hubiese en alguna parte un reloj que, no sólo marcase las horas y los minutos, sino que también indicase exactamente el doble movimiento de la Tierra, el curso de la Luna, de todos los planetas y de sus satélites, juntos con los movimientos de todos los cometas; que señalase además las estaciones del año, los cuartos de Luna, los eclipses y otras cosas de este tenor. ¿Quién sería tan estúpido y loco que atribuyese al acaso tal obra maestra? ¿Quién no admiraría, al contrario, la singular inteligencia del artífice?

El cielo, la tierra, los mares, los elementos, el hombre, las plantas, los animales, todo se enlaza y se encadena, formando un gran todo bien regulado, que llamamos universo. Pues el mundo no es una masa infor-

me en que yacen mezclados entre sí, sin plan alguno, el aire, el fuego, la luz, el vapor, el agua, la tierra y demás cosas que admiramos.

No, nada de esto hay, como la simple observación lo demuestra á todo hombre sensato. Ahora bien: en donde hay partes distintas y separadas que se unen de una manera regular para formar un todo, allí hay orden, y este orden es tanto más admirable cuanto más numerosas y diferentes son las partes de que se compone y cuanto más larga es la duración del orden mismo.

—Pero, Padre, ¿podrá V. negar que muchas cosas suceden aquí por casualidad, y que así también todo este *tinglado* será casual?

—Pablo, esa insípida objeción es más vieja que nuestro padre Adán, y ya le dió conveniente respuesta hace muchos siglos un filósofo gentil, diciendo que aunque pudiese suceder que un animal inmundo, hociendo en la tierra, formase por *casualidad* la letra A, ó cualquiera otra, sin embargo, es cierto que jamás llegaría á componer todo un libro como el *Quijote*, por ejemplo. ¿Qué libro se ha compuesto jamás tirando letras al suelo? ¿Ni qué cuadro arrojando tintas al azar?

Ahora bien: la fabrica del universo requiere más inteligencia que la composición de un libro. Es, pues, una gran necedad no querer reconocer en la creación y en el orden maravilloso del mundo la divina sabiduría que le crió y que continuamente le gobierna. Este orden no es un sueño, no es vano juego de la imaginación; antes es necesario reconocer que un efecto tan admirable no puede existir sin su correspondiente causa.

—¿Y qué me cuenta V. de esa señora que llaman Naturaleza mis *tribunos*, y con la cual, como si fuese *ingüento* amarillo, lo curan todo? Todo lo hace la Naturaleza, todo lo sabe la Naturaleza, y dale con la Naturaleza, y la Naturaleza por arriba y la Naturaleza por abajo, y no hay ni más Dios ni Santa María que esa señora, que debe ser muy poco honesta porque en todo se mete....

—En efecto, amigo mío, el ateo, en su atolondramiento, replica que este portentoso orden del mundo es obra de la *Naturaleza*. ¡Qué disparate! ¿Pues qué es la Naturaleza sino ese mismo libro inmensamente grande, en que vemos escritos con caracteres indele-

bles los atributos de la omnipotencia y sabiduría del Criador? ¿Á qué investigador sensato puede ocultársele que la Naturaleza no obra sino según una ley que existe en ella? ¿Puedes dudar?

Pues dime: ¿por qué de una avechilla no nace un elefante? ¿Por qué de un espino no viene un racimo de uvas? ¿No es verdad que la razón es porque eso se opone á la ley de la Naturaleza? Hay, pues, una ley en la Naturaleza. Ahora bien: no se puede imaginar una ley sin un legislador: ¿quién puede ser legislador de la Naturaleza sino sólo Dios, que la crió, y que es infinitamente superior á ella? ¿Por qué no puedes tú mandar á la Naturaleza, por ejemplo, que llueva, ó nieve, ó relampaguee, ó que el sol aparezca cómo y cuándo tú quieras? Y no lo puedes porque no eres superior á la Naturaleza, sino que, como criatura, eres una parte de la misma Naturaleza. Por consiguiente, la Naturaleza no puede darse á sí misma las leyes que la rigen. No; no es la Naturaleza, sino sólo el Criador de la Naturaleza, Ser personal y sumamente inteligente, el que es su Legislador.

¿Qué dirías si, preguntado por el autor de un bellissimo retablo, se te respondiese que el pintor fué la misma Naturaleza? «Eso es imposible, responderías: la Naturaleza carece de entendimiento, y para ejecutar semejante obra maestra se requiere inteligencia.» Pues bien: ¿puedes acaso presentarme mayor obra maestra que el hombre figurado en esa pintura? ¿Que el hombre mismo que ve, que oye, que habla, que vive, que tiene alma? «Yo te doy cien años para considerar y ver si encuentras el más mínimo defecto en el cuerpo humano», dijo á un ateo el célebre antiguo médico Galeno.

—Pues yo conozco tuertos y jorobados y... que podían ser menos imperfectos....

—Déjate de guasas ahora, y fijate en las maravillas que encierra solamente el ojo, en cuya pupila se refleja con fidelidad todo un paisaje con sus mil y mil objetos. Muchos libros se han escrito ya para explicar solamente la estructura del ojo. ¿Y cuántas maravillas no encierra el alma con todas sus facultades? Y, sin embargo, ¿se querrá todavía decir que el hombre no sea otra

cosa que un juguete de la ciega Naturaleza?

En verdad, Dios no crió ya inmediatamente el cuerpo del hombre como crió el cuerpo de Adán, sin cooperación de la Naturaleza; pero en eso mismo se encuentra lo más maravilloso; pues Dios, no sólo crió la Naturaleza, sino que supo comunicarle una virtud en cierto modo creadora, de manera que un ser pudiese producir otro de la misma especie, reproduciéndose y aumentándose el número de los seres desde el principio hasta el fin de los siglos.

Ciertamente hay artífices que saben hacer un buen reloj; pero, ¿dónde se hallará uno que construya un reloj el cual por sí produzca otro reloj? ¿No sería esto el milagro de los artefactos? Sin embargo, la Naturaleza, á pesar de su eficacia, es siempre un puro instrumento; ella obra y produce, sin saber en qué modo y manera se verifica. Y cuando la Naturaleza, como sucede en el hombre, obra por un fin racional y de un modo racional, si consigue ese fin esto no viene sino de aquel que, criando la Naturaleza, la bendijo diciendo: «Creced y multiplicáos.» (Gen., 1, 28.)

Y ahora, para que no todo sea sermón en serio, te voy á leer un cuentecito precioso,



Yo, cuanto más lo pienso, más inferno
Que no anda este reloj sin relojero.

como todos los suyos, que el incomparable
director de *La Lectura Popular* publicó

hace años á propósito del relojito de marras, del que tantas veces te he hablado en esta conferencia. El cuento se refiere á una anécdota de la vida del impío Voltaire, que es la siguiente :

Voltaire no era ciertamente un devoto, ni un mojigato, y su testimonio no puede ser sospechoso. Un día fué invitado á presidir una de aquellas cenas filosóficas, tan en boga en el siglo pasado, y de donde salieron los libros y los libelos más infames que se han escrito. Bebíase durante ellas en grande ; acumulábanse, riendo, blasfemias sobre blasfemias, obscenidades sobre obscenidades. El viejo Voltaire, patriarca de todos aquellos bandidos, no estaba aquel día de buen talante. Advirtiéronlo ellos, y se quiso ponerle de buen humor con chistes y pullas contra Dios, ese enemigo personal *de todos los espíritus fuertes*. Los sarcasmos se cruzaban : éste deploraba la ceguera de los hombres que se obstinan en creer en la existencia de un Dios *imposible*; aquél se irritaba contra los cristianos, esos fanáticos, esos supersticiosos, esos miserables, esos enemigos de la humana razón... Dis-

cutiase, reíase y vociferábase ; cada cual probaba á su vez con razonamientos magníficos que *no había*, que *no podía haber* Dios alguno.

El héroe de la fiesta sonreíase de vez en cuando por cortesía, pero no tomaba parte en la batalla. La dueña de la casa, asombrada de su actitud, le interpeló directamente, y le preguntó lo que pensaba sobre aquella cuestión magna.

Levantóse Voltaire, y señalando con el dedo el reloj, que acababa de dar la hora, contestó con estos versos :

*Yo, cuanto más lo pienso, más infero
Que no anda este reloj sin relojero.*

Allá va, pues, el cuentecito, que te leeré en este periodiquín, que vale más que pesa.

V

La locura de mi amigo.

TENGO yo un amigo que, fuera de que suele pegarle á su mujer cada paliza que tiembla el ministerio, y de que suele hacer préstamos al mil por ciento, y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sujeto,

muy corriente y, sobre todo, muy ilustrado.

Sosteniendo días pasados con ese amigo una de esas conversaciones con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio ó su castigo.

Contestación mía:—Algo de eso me pasa á mí, pero no con Dios, sino con el relojero de la esquina.

—Hombre, eso sí que es raro.

—Lo que V. oye: se me ha metido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído, buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni ve, ni oye, ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso? (me replicó sorprendido.) ¡Pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj (añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro), que, como V. ve, es una soberbia pieza, bonita y bien construída, y que no sólo señala las horas, sino que además señala los días del

mes, los meses del año, los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amén de una preciosa sonata de música que repite cada vez que se toca cierto muelle!

—Sí, señor (contesté yo); comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construído, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca, y todo lo que V. quiera; pero ni por esas me convence V. de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y manco, y que, por añadidura, no entienda ni una palabra de relojería.

—Pero, hombre, no sea V. bárbaro (gritaba ya cargado mi buen amigo). ¿Cómo quiere V. que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda, tanto muelle, tanto engranaje y tanta diablura? Ó V. está loco, ó se burla de mí.

—Ni estoy loco, ni me burlo de V., querido mío (le repliqué con gran calma); antes, por el contrario, discurro tan sabiamente como V. discurría hace poco.

—¿Como yo?

—Sí, señor; V. ha empezado por decirme hace un momento que no podía creer de ningún modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sabia providencia, y yo, siguiendo la doctrina de V., digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien (contestó mi amigo un poquillo turbado, presintiendo adonde yo iba á parar); pero tenga V. en cuenta que V. lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo, pues cuando se tiene delante una obra maestra como la que yo pongo ante su vista, á no haber perdido el juicio nadie se atreve á decir como V. que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así (le contesté yo), si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído puede construirse un reloj que señala las horas, los días y las estaciones, ¿cree V., desdichado, que estará en su razón el que afirma que no ha sido preciso oído, vista, poder ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala

las estaciones, sino que las produce, y que no señala los días, sino que los hace? Si el que construyó el reloj de V. no pudo menos de tener ojos, ¿el que construyó el ojo puede suponerse que estuviese ciego? Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro no pudo hacerlo sin inteligencia, ¿el que hizo la inteligencia le parece á V. que careciese de ella? Y ahora bien, amigo mío, ¿quién será más loco, V. que dice que Dios ni ve, ni oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, ó yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni oídos, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos, y no sabiendo por dónde tirar, hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sabios: empinarse sobre su propia ignorancia, y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye, ni quien las dice.

Usted no cuenta (replicó) con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza, las...

—¡Qué fuerzas, ni qué leyes, ni qué caracoles! (le interrumpí.) Todo eso son palabras y nada más. Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo el ojo pudo

estar ciego? Si el que construyó la máquina necesitó tener inteligencia, ¿el que hizo la inteligencia pudo carecer de ella?

¡Ah, filósofos pedantes! ¡Ah, sabios majaderos! ¿De qué os sirve llenar tantos



Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego?

libros de palabras huecas, si cuando llega la hora de discurrir sobre la cosa más sencilla y más natural del mundo la echáis á perder, y lo hacéis peor que el más humilde labriego? Eso quisierais vosotros, que Dios no os viese. Señal de que lo que hacéis no es para visto. Si, por el contrario, vuestra vida fuese pura, no pasaríais el tiempo inventando argumentos para negarle la vista

á Dios, sino que tendríais gran interés en concedérsela muy larga y perspicaz para que no se le pasasen por alto vuestros sacrificios. ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré á mi amigo, que parecía abstraído.

—¿En qué quedamos?—le interrogué volviendo á mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó.

Miraba al suelo, y repetía como si nadie le oyese:

Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego?

Momentos después se separó de mí.

Desde que tuvimos esa conversación, pasaron algunos meses sin que volviese á verme. Me extrañó que así sucediera, y pregunté por él á otro amigo que lo era de los dos.

—Calle V. (me dijo); no le conocería V.

—¿Pues qué le pasa?

—No lo sabemos, pero le aseguro á V. que es otro hombre; V. recordará que era algo usurerillo.

—Psi....

—Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, V. sabe que tenía bastante abandonada á su familia, y que á la chita callando solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y esposos. En fin, V. sabe que su lengua era un hacha..., pues hoy no despliega los labios sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

—¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

—Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

—¿Y qué cosas son ésas?

—Pues, mire V., dice: *Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.*

Ya comprende V. que eso no viene á cuento.

—¡Ah! Vamos, pues si no es más que eso, dé V. un recado á su mujer, y dígale de mi parte que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

—¿Por qué?

—Porque, si no, va á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay *ilustraciones* que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos, y los verdaderos sabios los que el mundo llama ignorantes.

¿Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo?

VI

Más pruebas. El grito de la conciencia y la voz de la humanidad.

INFINITAS pruebas más, querido Pablo, te podía dar de la existencia de Dios; pero temo que te aburras y de Padre Machaca me conviertas en Padre Machacón...

—Crea V., Padre, que no me aburro, y repito que toda esa *relojería y maquinaria*

—Psi....

—Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, V. sabe que tenía bastante abandonada á su familia, y que á la chita callando solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y esposos. En fin, V. sabe que su lengua era un hacha..., pues hoy no despliega los labios sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

—¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

—Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

—¿Y qué cosas son ésas?

—Pues, mire V., dice: *Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.*

Ya comprende V. que eso no viene á cuento.

—¡Ah! Vamos, pues si no es más que eso, dé V. un recado á su mujer, y dígale de mi parte que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

—¿Por qué?

—Porque, si no, va á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay *ilustraciones* que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos, y los verdaderos sabios los que el mundo llama ignorantes.

¿Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo?

VI

Más pruebas. El grito de la conciencia y la voz de la humanidad.

INFINITAS pruebas más, querido Pablo, te podía dar de la existencia de Dios; pero temo que te aburras y de Padre Machaca me conviertas en Padre Machacón...

—Crea V., Padre, que no me aburro, y repito que toda esa *relojería y maquinaria*

de que V. tanto ha predicado viene de perlas para deshacer muchos revoltijos que le meten á uno en la cabeza.

— Y así andan vuestras molleras como relojes descompuestos. Pues si te parece, y puesto que te gusta, vamos á estudiar otro reloj no menos complicado que el del mundo, y que no menos que el del mundo prueba también la existencia de un sapientísimo relojero. Te hablo, amigo mio, de la conciencia....

— ¿Conciencia dijo V.? ¡Pero si dicen que eso es una maquinaria que se destornilló hace años y no hay medio de arreglarla! ¡Si la conciencia la busca todo el mundo y no la encuentra nadie! ¡Bonitos tiempos para hablar de conciencia!

— Fíjate en lo que te digo, y no te vayas por los cerros de Úbeda. Hablo de la conciencia, no en cuanto sinónimo de *honradez*, que así es ya *rara avis*, hijo mio, y que no se encuentra en el mundo de los ateos, ni para un remedio; hablo de ella en cuanto que es sinónimo ó significa una ley natural que á todos nos juzga y nos reprende; que grita en el fondo del alma aunque no

queramos oirla; que es una ley universal, inmutable y eterna; una ley que obliga igualmente al rey que al mendigo, y que por ninguna otra ley puede ser ni derogada, ni limitada, sino que más bien ella es el fundamento de todas las demás leyes; es una ley que no aprendemos con trabajo en los libros, sino que está grabada en todos los corazones, que á todos es natural, por la cual, sin largo examen, sabemos distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

Ahora bien; la ley dice relación necesaria á un Legislador. ¿Y quién es el que ha escrito y grabado dicha ley en los corazones de los monarcas como de los súbditos, de los pueblos antiguos como de los modernos, en el corazón de las tribus indómitas como de las naciones más civilizadas? Este Legislador se da por sí mismo á conocer por la irrecusable voz de la conciencia.

Teodorico, rey de los ostrogodos, se había manchado con la sangre inocente de Simaco. Sucedió un día que, al tiempo de la cena, presentaron en su mesa la cabeza

de un pescado de extraordinaria grandeza, y, al verla, Teodorico dió un grito de espanto y se levantó de su asiento creyendo ver un fantasma que se le venía encima. «Veo, exclamaba, veo la cabeza de Símaco, sus ojos ardiendo, y sus dientes que me quieren desgarrar las carnes.» Y diciendo ¡fuera! ¡fuera!, huyó del salón espantado; y arrojándose, como quebrantado de dolor, sobre su lecho, á los tres días después expiró aquel poderoso rey de los godos.

El emperador Constancio hizo asesinar á su mismo hermano Teodosio, que era un piadoso diácono, y cometió este fratricidio en el mismo día en que dicho hermano diácono le había dado la comunión del cáliz con la sangre adorable del Señor. Desde entonces le atormentaron día y noche zozobras mortales. Doquiera que iba, y á cualquiera parte á que se volviese, le parecía ver á su hermano Teodosio revestido de diácono, presentándole el cáliz lleno de sangre y diciéndole: «Bebe, hermano, bebe.» Huyó de Constantinopla hacia Italia y Sicilia por ver de hallar tranquilidad: mas fué en vano; no podía huir de sí mismo.

¿De dónde venía á estos dos Reyes criminales aquella angustia que les daba continuo tormento? Ningún juez de este



Bebe, hermano; bebe de esta sangre.

mundo los llamaba á juicio, ningún verdugo los amenazaba; las dos inocentes víctimas, ya sepultadas, no les podían hacer ningún daño. Sin embargo, ellos, como su-

cede á todo malhechor, sabían que había un Juez superior á ellos, al pie de cuyo trono pide venganza la sangre inocente derramada, y de cuyas manos justicieras nadie se puede escapar. Y es porque este Juez invisible ha colocado realmente como un trono y tribunal de justicia en lo más íntimo del corazón del hombre, para el que obra el mal.

Y es un Juez que no se deja ganar con dinero, ni engañar con mentiras, ni seducir con adulaciones, y para quien las tinieblas de la noche son como la luz del día. Este Juez invisible que nos habla por la voz de la conciencia, ¿quién le puede negar? Este Juez, digo, es Dios, eterno remunerador de nuestras obras buenas y vengador de las malas. El castiga ya en este mundo toda violación de aquella ley que escribió en nuestros corazones por medio de la voz de la conciencia, la cual condena al prevaricador.

Porque es claro que no es el hombre mismo quien se ha procurado este Juez incómodo de la conciencia que da testimonio contra él, que le angustia, que le persigue, que le atormenta, convirtiendo en amarguras los deleites que esperaba como fruto del peca-

do. Luego la voz de la conciencia demuestra que hay un Dios, y que este Dios es santo, es justo, es infinitamente sabio, que es un Juez invisible que ha formado por sí mismo nuestros corazones, grabando en ellos la ley natural y colocando en medio de ellos el tribunal incorruptible de la conciencia, delante del cual tiemblan hasta los mismos ateos y blasfemos.

—Padre, le oigo á V., y conforme le voy oyendo parece que se van disipando unas como nieblas que trae uno aquí dentro.... Porque, en efecto, hace uno cualquier picardía, y luego á seguida el escarbajeo de la conciencia que le dice á V.: mira, Pablo, eres un tal y un cual. Y es lo que yo me digo. ¿Quién me reprende á mí? Yo no, porque lo oigo á pesar mío y procuro escu-sarme; nadie de fuera tampoco, porque ¿quién lo sabe? Y además, si alguien se atreviera á decirme á mí ¡eres un bribón!, como á veces me lo dice mi conciencia, le rompía el alma....

—Déjate de fanfarronadas, y oye una razón más, y no la olvides, para probarte que sí que hay Dios, aunque á algunas doce-

nas de tunantes les convendría mucho que no lo hubiera, porque les iría mejor y engordarían más á sus anchas.

—¿Otra argumentación más? Pues, señor, de ésta voy á salir sabiendo más que el escribano de mi pueblo, del que dicen allí que engañó al demonio....

—Pues, sí; otra prueba de *sentido común*. El que no la admita no está ya en Leganés porque no hay justicia en la tierra.

—Hay un Dios, y es imposible que no exista. Aquel que dice lo contrario carece de *sentido común*, ó ¡vamos!, está *chatao*.

El *sentido común* es el consentimiento general de todo el mundo, y á nadie es permitido el preferir su propio sentir al de todos los demás hombres. A nadie es lícito decir: «Yo sólo tengo más talento que todo el mundo.»

Así, pues, el *sentido común*, el consentimiento universal de todos los pueblos y todos los siglos, es, no sólo que hay un Ser Supremo, sino que nosotros dependemos de Él, y que le debemos un culto de adoración, de respeto y de amor. El *sentido común* proclama tan alto la existencia de un Dios vivo,

creador y soberano del mundo, que bien puede contestarse osadamente al pobre hombre que niega la existencia de Dios: «Careces de sentido común; eres un insigne majadero.»

Cuando todos los pueblos y todos los siglos han creído en Dios, preciso es que esa idea esté muy arraigada y sea muy indestructible en el corazón humano. Y mira, Pablo, que se trabaja por arrancar del corazón del pueblo esa idea y se ha trabajado siempre. Pues, á pesar de eso, todas las naciones, desde las más civilizadas hasta las más salvajes, han reconocido la existencia de Dios, y ni en Africa, ni en América, ni en Oceanía, se ha encontrado un pueblo ateo para remedio de los que lo han buscado *con tanta necesidad*.

Este es un argumento sin réplica contra aquellos que tienen la desgracia de no creer. Harto lo han ellos experimentado. Después de haber registrado en vano todos los rincones del mundo para hallar una nación sin Dios, se les ha ocurrido formar una, y nuestro *ilustrado siglo* es el que ha visto realizarse tan lindo proyecto.

Un perverso y ridículo sujeto, llamado Roberto Owen, hace cosa de cincuenta años logró reunir ochocientos individuos verdaderos *espíritus fuertes*, y absolutamente locos ó faltos de *sentido común*.

Llevóles á los Estados Unidos, escogió un vasto terreno, y trazó allí el plano de una pequeña ciudad, que llamó *Nueva Armonía*: luego les hizo jurar que permanecerían fieles á las solas leyes de la *pura naturaleza*, exhortándoles, sin embargo, á conservar la costumbre de andar *en dos pies*, á fin de que nadie pudiera dudar de que eran hombres. Encargóles, sobre todo, que abolieran enteramente lo *tuyo* y lo *mío*, y que desterraran para siempre de su corazón y de su boca el nombre de Dios; mediante lo cual les prometió, á fe de *ateo*, que ellos y sus hijos llegarían á tal grado de felicidad que el asombrado universo renunciaría por fin á la Religión, al matrimonio y á la propiedad, *la más horrible trinidad de calamidades que gravita sobre nuestra especie*.

Son las propias palabras del impío Owen. Empero todas estas bellas esperanzas acabaron en sainete. Bien fuera porque las en-

fermedades y la miseria se cebaran en aquel rebaño insensato de la *Nueva Armonía*, ó bien que aquellas osadas gentes juzgaran



Owen se volvió á Inglaterra con las orejas gachas y el rabo entre piernas.

del caso devorarse entre sí, no se ha oído hablar más de ellos, y el que los había reunido á costa de tantos sacrificios pecuniaros se volvió á Inglaterra con las orejas gachas y el rabo entre piernas.

VII

Pretextos, excusas y objeciones.

ADMIRABLE, Padre, admirable, pero, ¡vamos!, que como á uno le entran las cosas por los ojos y á Dios nadie lo ha visto....

—Perfectamente; pues entonces no hablemos.

—¡Ajá!.... ya se convence V. de lo que yo sostengo, ¿eh?

—No hablemos, hombre, porque es una tontería. ¿Tú has visto la palabra?

—¡Eh!

—¡No te hagas el bobo! Digo si has visto la palabra.

—Yo no.

—Pues por eso te digo que no hablemos si no crees más que en lo que ves....

—¡Ta! ¡ta! pero la palabra la siento.

—¿Y á Dios no?... ¿No sientes á Dios? Pues qué, ¿no ves esta obra de la Naturaleza? ¿No ves el mundo? ¿No te ves á ti mismo? ¿No ves la grandeza de Dios? ¿No lees escrito su nombre en el cielo estrellado, retratada su hermosura en el campo, cuajado

de flores? ¿No sientes su inmensidad en la inmensidad de los mares? ¿No te sobrecoges de pavor, y sientes y palpas su ira en las inmensas catástrofes del mundo, en los huracanes, en el rayo, en los terremotos?... Yo lo veo, Pablo; lo siento, y ciego voluntariamente está quien diga que no ve á *Aquel* que en todas partes está tan visible, que es la luz de todo.

—Pero, ¡caramba!, si todo eso es tan claro como el agua, ¿cómo hay tantos y tantos que no creen en Dios? Si sólo en mi taller hay ¿qué sé yo? muchísimos que dicen que ellos no creen en más Dios que en el dinero, en el buen bocado y en el buen trago....

—¡Sapientísimos teólogos! ¡Y su testimonio vale mucho! Figúrate si los tales habrán estudiado... en la baraja y en la taberna. Tendrán agotada la materia... de tanto empinar el codo. Déjate de filósofos que sólo estudian... para comer más y mejor.

—Pero, ¡vamos!, que también hay *gente de letras* que dicen lo propio. Políticos, maestros, periodistas, médicos...

—¿Y qué consecuencia sacas de eso?

004324

—Una muy sencilla: que siendo muchos de ellos hombres de talento, sus razones tendrán para no creer en Él...

—¡Donosa consecuencia! Pues vuelve la oración por pasiva y arréglalo todo. Como hay muchos, muchísimos, que siendo hombres de grandísimo talento creen en Dios, sus razones tendrán también para ello. ¿No es verdad?... Ahora lo que falta saber es á cuál de los dos grupos debes tú seguir, y cuál de ellos lleva la razón. Cuál es más numeroso, más honrado, más serio, más digno de crédito bajo todos aspectos; cuál te prueba lo que pretende, y con más razones. Oye este librito:

«... á lo más una docena de hombres me dicen que no hay Dios. Todos los hombres, de todos los siglos y de todos los países, han convenido, al revés, en decir que hay Dios y en reconocerle, temerle y adorarle. ¿Qué debe, pues, pesar más, aun en mi flaco caletre de obrero sin instrucción: el testimonio de estos diez ó doce hombres que declaman como borrachos de rabia contra lo mismo que dicen que no existe, ó el testimonio tranquilo, sereno, sosegado, de to-

dos los hombres de sesenta siglos que á una me aseguran que sí? Luego debo creer en Dios (1).»

—Es verdad; en cualquier otro asunto discurriríamos de este modo.

—¡Pues claro está, hombre! Además, sabes tú muy bien que eso de que exista un Dios que nos ha de juzgar después de muertos es algo peliagudo para el que lleve una vida llena de vicios. Vamos á ver: si tú fueras ladrón, ¿te gustaría que hubiera Guardia civil?

—¡Cáscaras! ¿para qué la necesitaba yo?... ¿Para que me pasaran un cordel por el pescuezo ó me pusieran á la *sombra*?

—Pues ahí está el *quid*. Si no existiera Dios, todo bicho viviente haría lo que le diera la real gana y se procuraría la vida más ancha posible. Por eso los *ateos* se esfuerzan en *convencerse* de que no hay Dios, y para ello declaman y manotean en público diciendo disparates, á ver si, en fuerza de gritar mucho, sus voces se sobreponen al escarabajeo de la conciencia, que no es otra

(1) Sardá.

cosa que una prueba más de la existencia de Dios.

Conque, dime: ¿querrás tú ser de esos que, como los que reniegan de la justicia porque son ladrones, no creen en Dios porque la fe amargaría sus vicios y sus picardías?

—A fe de Pablo que no; ya sabe V. que soy un hombre honrado. Pero, ¡vamos á ver!: esos *ateos*, ó como se diga, no son una docena, como V. asegura: son muchísimos... y cada vez más.

—Los que se llaman ó por parecer *sabios* ó despreocupados, en efecto abundan, y cada vez más, porque cada vez hay más bribones; pero los que lo son de veras, sobre todo cuando están *solos*, en cualquier peligro, enfermos, y más todavía en la hora de la muerte, ca, hombre, ca... apenas uno. Y si no, oye una observación que prueba esto.

Es curioso el ver que esa pretendida convicción de que no existe Dios produce ordinariamente en los impíos un efecto enteramente contrario á lo que pudiera esperarse.

Si un hombre estuviera convencido de que no hay Dios, dejaría absolutamente de

pensar en Él, y jamás pronunciaría el nombre de una quimera, y no se ocuparía de ella, ni más ni menos que nosotros nos ocupamos de los ídolos de China. Sobre todo no se le ocurriría jamás el aborrecerle ó blasfemarle. No se odia ni se ultraja á lo que se cree que no existe. ¿Reniegas tú nunca de las dioses que adoran los igorrotos? No, porque no crees en ellos. Pues bien: la experiencia lo está demostrando todos los días; cuanto más los impíos niegan la existencia de Dios, tanto más le injurian, tanto más se enfurecen contra Él. Saben, pues, que existe, y sus mismas vociferaciones son una nueva prueba de esa existencia que se quiere, pero no puede negarse.

—Pues entonces, ¿por qué andan por ahí engañando á muchos papanatas, diciéndonos que eso de Dios es cosa de curas, que á Dios lo han inventado los curas para que haya misas y responsos, y qué sé yo qué de cosas dicen...?

—Me duelen los oídos de oír barbaridades; pero, Pablo, lo que es ésa es de órdago. ¡Conque dicen que á Dios lo han inventado

los curas! Es como decir que á los padres los han inventado los hijos, ó que el comer y beber lo han inventado los hombres, etc. ¿Pero no ven *esos sabios* de cuatro pies que la idea de Dios es anterior á la idea de sacerdote, como la idea de padre es anterior á la de hijo? Sin comestibles y *bebestibles*, ¿cómo habría hombres? Si había ya *curas* habría iglesias ó templos, y si había templos existiría la creencia en Dios.

¿O es que puede haber curas sin Dios? ¿O de qué Dios eran curas esos curas que tuvieron caletre para inventar á Dios é imponer su idea y creencia al mundo entero? No hablemos más de eso, que es una objeción de la que se reirían los asnos.... si no fueran tan formales y serios.

Ahora, escucha, para terminar, un trozo preciosísimo que te dice qué cosa es Dios, y que te leeré en un libro del ilustre dominico P. Álvarez.

¿Qué cosa es Dios?

ALLÁ en la primera mitad del siglo XIII vivía en Montecasino, monasterio famoso de la *Campagna felice*, un niño singular, que constantemente importunaba á sus maestros, y les decía: Vosotros me enseñáis que hay Dios; también mi madre me lo decía cuando yo jugueteaba sobre sus rodillas. Pero Dios, ¿qué es? Decidme: ¿qué es Dios? Mi alma desea saberlo; mi corazón está inquieto; ¿qué es Dios? Cuando este niño llegó á ser hombre y se llamó Tomás de Aquino, previendo igual pregunta que otros le harían, dijo: «Para definir á Dios es preciso proceder por vía de negación de las imperfecciones de las criaturas, y por vía de afirmación, acumulación y purificación de todas sus perfecciones, elevándolas á un grado infinito.» Por ejemplo: Nuestros ojos ven cielos inmensos, ya alfombrados de rubicundos arreboles, ya envueltos en gasa azul, ya salpicados de palpitantes astros, ya cubiertos de lúgubre manto, despidiendo fuego, moviendo huracanes, rugiendo en

ira. Vemos montañas que levantan su cabeza cual gigantes hasta besar el alto firmamento, desprecian las tempestades, se burlan de las revoluciones de los siglos y hacen suspirar entre sus peñascos á los mismos vientos. Vemos los mares arrullando con



Mi alma desea saberlo. Decidme, ¿qué cosa es Dios?

sus murmullos á los navegantes, levantando en tropel olas y más olas contra la ribera, como destaca el general tropas y más tropas contra las murallas de la ciudad sitiada. Vemos al hombre lanzando miradas de rey, rebosando vida, recorriendo con su inteligencia los orbes creados y por crear.

Vemos la tierra aquí cubierta de verde césped, allí teñida de rosas, más allá sombreada por las selvas. Pues bien : comencemos por eliminar.

¿Es Dios cielo? No, porque el cielo se oscurece. Dios no se oscurece. ¿Es Dios mar? No, los mares son deleznable. Dios no es deleznable. ¿Es Dios tierra? No, la tierra se corrompe. Dios no es corruptible. ¿Es Dios hombre? No, el hombre se muere. Dios es inmortal. Pero en cada uno de estos seres hay perfecciones y bellezas ; recojámoslas, elevándolas á un grado infinito. El cielo es brillante, la mar majestuosa, la tierra fecunda, el hombre inteligente ; juntad esta brillantez, esta majestad, esta fecundidad, esta inteligencia ; elevadlas á un grado infinito. ¿Qué resultará? Un ser infinitamente brillante, majestuoso, fecundo, inteligente : ése es Dios.

.....
El Dios nuestro es el Dios que consuela al desgraciado, acompaña á la viuda solitaria, guarda al tierno niño, y que, cuando más no podemos, sale á tomar venganza de vuestra esposa ultrajada, de vues-

tra hija deshonrada, de vuestros bienes robados. Es el Dios que castiga, no sólo las malas obras que os dañan, sino también los más interiores pensamientos y los más imperceptibles rencores de los enemigos que maquinan vuestra ruina. No hagáis de Dios un espectro cruel ó un monarca impasible que desde su alto sitio contempla indiferente lo mismo el arranque del militar abnegado que la fuga ó traición del cobarde. No quiero ese Dios: su idea me oprime y desespera; quiero un Dios amante, inteligente, justo; y ese Dios existe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT101

S5

1892

41514

FEVT

AUTOR

TITULO

Si es verdad que existe dios

FECHA DE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION.—(3.^a ed.)

MAS SOBRE LA RELIGION.—(3.^a ed.)

SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS.—(2.^a ed.)

¿QUE ES ESO DE LA CONFESION?—(2.^a ed.)

BURGUESES Y PROLETARIOS.—(2.^a ed.)

PAN Y CATECISMO.—(2.^a ed.)

EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.

¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?

¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?

CATOLICOS Y MASONES.

GUERRA A LA BLASFEMIA.

CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.

004